

¡Justicia o barbarie!

Lucha estudiantil en La Argentina

Verónica Gago y Diego Sztulwark

El MATE – Universidad de Buenos Aires (UBA) - Argentina

La Reforma Universitaria del '18

“Hombres de una república libre, acabamos de romper la última cadena que, en pleno siglo XX, nos ataba a la antigua dominación monárquica y monástica... Estamos pisando sobre la revolución, estamos viviendo la hora americana”. Estas palabras fueron escritas en la ciudad de Córdoba, Argentina, en el año 1918. Se trata de uno de los primeros Manifiestos de la Reforma Universitaria, del mismo año. Fue escrito por el notable dirigente de la Reforma, Deodoro Roca, y pasó a la fama en todo América como el Manifiesto Liminar de la Reforma.

En efecto, las luchas estudiantiles surgieron en nuestro país -y en nuestro continente- junto con el Siglo que estamos dejando atrás. Y fue precisamente esta proyección americanista, fuertemente antiimperialista uno de sus rasgos característicos.

En aquellos primeros años en que la lucha por las ideas se entrecruzaba apasionadamente con la lucha por la vida, la universidad era una gran cacerola en la que los pueblos planificaban procesos emancipatorios.

La Reforma Universitaria se cruzó más de una vez en aquel principio de siglo con los ecos imponentes de la revolución bolchevique conducida por Lenin, pero también de la revolución mexicana de Zapata. La Nicaragua de Sandino era, sin dudas, un referente común de los luchadores estudiantiles de esas décadas.

Los reformistas modernizaron las universidades latinoamericanas. Libertad de enseñanza, participación estudiantil en el gobierno de la universidad, y autonomía política y académica respecto del estado. Tales sus logros específicos.

Las resonancias de Córdoba se hicieron sentir en Chile, en México, en el Perú de José Carlos Mariátegui y en la Cuba convulsionada de Julio Antonio Mella. Con las luchas de la década del 20 se fusiona, en Nuestra América martiana los destinos de los universitarios y los trabajadores. Ya no habrán proyectos o ideales emancipatorios que puedan sustraerse de la realidad universitaria.

La reforma tuvo dos alas. De una, la más radical brotó la tendencia a la emancipación social. Fue el ala latinoamericanista. Del otro lado, se conformó una tendencia liberal, positivista. Modernizante. Para este grupo la Reforma era un grito de lucha contra el oscurantismo eclesiástico. Su horizonte se detenía a la hora de la crítica a las relaciones sociales capitalistas y a las relaciones mundiales de opresión.

La universidad durante el peronismo

Pero nuestros países dependientes desde siempre, primeros con la conquista, luego con el colonialismo y finalmente con los modernos neocolonialismos fueron conmovidos por otras tantas realidades. Y hacia la década del 30, luego de la crisis del '29 fueron muchos los cambios estructurales y fisonómicos de las sociedades americanas. La Argentina, hasta entonces privilegiada por la renta diferencial pampeana -famosa como el “granero del mundo”- adoptó un modelo a “industrialización limitada” para hacer frente al cierre de los mercados europeos, producto de la guerra.

América, siempre dependiente, pasó a la órbita del moderno imperialismo yanqui.

El naciente proletariado se ensanchó hasta constituirse en un poderoso movimiento, base del conocido fenómeno de masas de las décadas 40 y 50 conocido mundialmente como “el peronismo”.

Las clases medias universitarias no supieron o no quisieron comprender los fundamentos populares del fenómeno y, a la inversa, los componentes antintelectuales y autoritarios del peronismo ahondaron la brecha con el mundo universitario.

La universidad de la época del peronismo, entonces, se percibía como una “isla democrática”. Las conquistas de la reforma, en manos de socialistas y comunistas, se iban reabsorbiendo al reducir las banderas del 18 a una resistencia contra los hegemonismos del peronismo acentuando el aislamiento respecto de la lucha del resto de las capas populares y, especialmente, de los trabajadores.

De la resistencia a la revolución frustrada

Este divorcio se fue resolviendo hacia mediados de la década del '60. La extraordinariamente combativa resistencia obrera a las dictaduras y gobiernos semilegales que dominaron el país entre los años 1955 y 1973 contribuyó de sobremanera. Por otro lado, en la universidad se acentuaron las tendencias llamadas por los sociólogos como “nacionalización de las clases medias”. Hacia fines de los '60, el movimiento estudiantil de masas salió a la calle a sumarse a las luchas obreras, en pos de la democracia y el socialismo.

Debemos a este afortunado encuentro las insurrecciones urbanas más grandes que nuestro país –y probablemente nuestro continente–. En 1969 se produjo el “cordobazo”, la insurrección de la ciudad de Córdoba. Provincia industrializada y de gran presencia estudiantil: allí se había producido la reforma del 18. Le siguieron insurrecciones en todo el país. Movilizaciones de masas y grandes huelgas. Por aquellos días la consigna era “obreros y estudiantes unidos adelante”.

En esos meses la fusión de los luchadores se selló con la sangre de varios universitarios muertos, como Santiago Pampillón.

Fue también en esas jornadas de lucha que emergió uno de los más importantes dirigentes obreros del continente: Agustín Tosco.

El movimiento estudiantil se sumó masivamente a la política, a los barrios, a las villas miseria, a los sindicatos: los estudiantes de medicina hacían allí sus primeros auxilios y los jóvenes arquitectos colaboraban en la construcción popular.

No hace falta insistir demasiado en la poderosa influencia que la Revolución Cubana produjo en la juventud obrera y estudiantil de los '60.

Fue en esa época que se generalizaron las lecturas de Antonio Gramsci y de Jean Paul Sartre: nacía la imagen del intelectual orgánico al pueblo o del intelectual comprometido. Y lo hacía con una potencia abrumadora. El prestigio del militante, del intelectual ligado a las luchas creció hasta el cielo. Allí están en la memoria de nuestro pueblo nombres como John William Cooke, Silvio Frondizi y Rodolfo Walsh. Y también la figura de otro argentino que salió de la Universidad de Buenos Aires, otro hijo de la Reforma que surgió de este camino con una radicalidad inusitada: Ernesto Che Guevara.

En la década del '70 el movimiento se hizo aún más masivo. En las universidades surgieron las Cátedras Nacionales, de asistencia masiva. Eran cátedras libres sobre temas de alto contenido político y destinadas a develar la trama de la dominación imperialista incluso en el ámbito del conocimiento y la investigación

Y al calor de las organizaciones de masas fueron surgiendo también, desde 1970, las organizaciones armadas, las guerrillas, ampliamente nutridas de estudiantes, de jóvenes y profesores universitarios. La universidad hacía su contribución a la revolución.

De las Tres A a la dictadura

Esto pasaba en nuestro país, pasaba en todo nuestro continente y particularmente en el Cono Sur de América (Uruguay, Chile, Bolivia).

En la Argentina la tragedia se anunció en el breve interregno democrático 1973-1976. En esa época el fascismo dio sus primeros golpes, con la organización de los famosos escuadrones de la muerte. Fueron golpes cobardes, dolorosos, irreparables: comenzaba el terror.

La dictadura militar, el fascismo, gobernó el país entre 1976 y 1983. Las universidades estuvieron intervenidas. Nuestro país se hizo famoso por los desaparecidos y las Madres de la Plaza de Mayo.

Los desaparecidos fueron aproximadamente 30.000. Pero si las desapariciones sistemáticas de personas y los robos de bebés fueron creación argentina, las torturas masivas y las técnicas antisubversivas utilizadas fueron extraídas enteramente de los nazis, de Vietnam y de Argelia. Miles de argentinos –y de chilenos- marcharon al exilio.

La lucha de las Madres de la Plaza de Mayo y de cientos de miles de hombres y mujeres, junto a la derrota de Malvinas, impidió que la dictadura se eternice.

Los estudiantes recuperamos nuestros Centros de Estudiantes, y nuestra Federación Estudiantil.

Pero la democracia fue una *ilusión*. El gobierno de Alfonsín inauguró la política de impunidad a los criminales y genocidas de la dictadura que luego continuaría Carlos Menem, con sus indultos, y ahora Fernando De la Rúa, cómplice de la dictadura y familiar directo de militares de responsabilidades probadas en campos de concentración.

La primavera democrática

El movimiento estudiantil quedó atrapado muy tempranamente por dos grandes tendencias. Por un lado quienes tenían un compromiso con la democracia naciente y fueron aceptando una a una las políticas antipopulares. Del otro lado el sector más combativo del movimiento estudiantil.

El progresismo alucinado con el canto de sirena politológico que hablaba de maravillosas transiciones a la democracia formuló de la mano del escritor Ernesto Sábato y la intelectualidad alfonsinista la célebre “Teoría de los dos demonios”, por la que militantes populares y miembros de las organizaciones guerrilleros eran tan responsables como los militares genocidas. Así, con esas palabras, la nueva democracia creía poder resolver todas las fuentes del conflicto, tales como la dependencia y la desigualdad social extrema por medio de una conjura mítica que expulsaría por siempre a los violentos -revolucionarios y fascistas por igual- de la vida política

En todo caso este nuevo movimiento estudiantil sostuvo valientemente la lucha contra la impunidad, contra la dictadura, y supo mantener en alto la exigencia de “aparición con vida” para nuestros compañeros desaparecidos.

Pero la Argentina ya no era la misma. Como prácticamente toda América, nuestro país estaba sumergido en la crisis de la Deuda Externa que las clases dominantes habían adquirido privadamente y luego la dictadura había estatizado.

La dependencia se había fortalecido. Las clases dominantes de nuestro país, también. Los partidos políticos tradicionales generaron una gran ilusión con la democracia. La crisis económica y social que multiplica día a día la pobreza se encargó de desmentir las promesas de los políticos.

El movimiento estudiantil pasó a la defensiva. Se trataba sobre todo de defender las grandes conquistas de la reforma y particularmente la gratuidad total de la enseñanza.

Durante los finales de la década del 80 se produjeron reiterados levantamientos militares contra el Gobierno. Se trataba de disciplinar aún más a esta débil democracia. El Gobierno de Raúl Alfonsín fue cediendo uno a uno todo lo que se le pedía. Principalmente la impunidad a los militares asesinos. Los estudiantes, en las calles masticamos nuevamente la decepción.

En la década del ‘90 el neoliberalismo irrumpió en el país de manera inusitada.

La universidad hacia el neoliberalismo

La universidad neoliberal sólo es posible en un país y un mundo neoliberal: porque el neoliberalismo es, precisamente, **la reducción del hombre a un mero animal económico**. Si el hombre es un ser – para-el -mercado, entonces, no puede pensarse fuera del horizonte del individuo y sus intereses más inmediatos.

Y la Argentina es uno de los países dependiente que más se creyó en la globalización: ¡es el nuestro uno de los países más capitalista del mundo!

La Reforma que se intenta realizar en la Argentina es la expresión más acabada de esta avanzada sobre el conocimiento crítico. La misma fracción que en 1918 trató que aquella reforma no fuese más allá que lo necesario para encarar la modernización que el mercado mundial requería, ahora –nuevamente- se justifica en el mercado para imponer esta *nueva* reforma.

El 18% de desocupación de nuestro país, más la precariedad laboral para casi el 50% de la fuerza de trabajo es un dato disciplinante que proyecta su terror hacia la sociedad toda y en particular, también, en la universidad. En nuestro país la universidad cumple un doble papel para el mercado: La universidad es vista como proveedora de mano de obra barata y calificada para las empresas en un contexto de fuertes restricciones y de una veloz reestructuración capitalista. El gobierno nacional y universitario plantea una necesidad: conseguir trabajo, asegurar la salida laboral. Y esto aparece perfectamente justo para el individuo, ese “yo” que deambula por la universidad como si fuese indiferente, independiente. En fin, libre, separado y salvado del destino de los hombres y las mujeres que, de una u otra forma, valorizan con su trabajo el mundo. Es la lógica del individualismo que sostiene y encarna al neoliberalismo.

Como dice un profesor argentino, el objetivo es una alianza final entre burocracias universitarias y horizontes profesionales de conocimiento, donde un nuevo cuerpo de letrados y pequeños mandarines entrenados cuidarán la aplicación de un lenguaje uniformizado.

Por un conocimiento antiutilitario

Una universidad neoliberal no es otra cosa que la reducción del pensamiento crítico y el conocimiento a una pura actividad para el mercado.

En un país dependiente y colonizado como el nuestro, se abandona la creación de la investigación autónoma y de una filosofía crítica y se escoge el fácil camino de las traducciones tardías de las producciones intelectuales de las universidades de los centros económicos, políticos y culturales a nivel mundial.

Así, la universidad se transforma más en una agencia de empleos, en proveedora de mano de obra barata para un mercado restrictivo y abandona su función social, su compromiso con las necesidades y problemas de nuestro pueblo.

Los discursos que se producen en nuestras universidades constituyen una formación dominante de saberes totalmente indiferentes a las exigencias del pensamiento. Un bloque de saberes con pretensiones científicas frente al que, como decía Michel Foucault, sólo cabe interrogarse por esos otros saberes oprimidos y excluidos por su “acientificidad”.

Efectivamente, existen saberes olvidados, subordinados, que circulan marginalmente en las luchas populares. La universidad para el mercado les da la espalda porque los considera “sin valor” o, como decimos nosotros, simplemente inútiles (precisamente, para el mercado).

La lucha en las universidades argentinas pasa por la capacidad de gestar ese conocimiento “no utilitario”, no instrumental ni mercantil en un proceso de producción de saberes que componga con los intereses populares.

En este sentido, venimos trabajando desde 1997 en la experiencia de las cátedras libres Ernesto Che Guevara: foros libertarios en los que podemos discutir en las universidades y en los barrios sobre las luchas de las décadas pasadas, sobre la teoría revolucionaria y sobre los desafíos actuales.